

16 de setiembre de 1955. Un balance

Clarín, 16 de setiembre de 2005

Soy historiador de profesión, y cincuenta años me bastan para hacer un balance de la revolución del 16 de setiembre de 1955: sobre sus causas y consecuencias, y sobre las responsabilidades de los actores. Pero soy también un ciudadano que vivió en su infancia el final del peronismo y la Revolución Libertadora, y descubro que cincuenta años no me alcanzan para tomar distancia de las fuertes vivencias de entonces, formadas en un hogar de opositores y en una escuela primaria peronista, con la Marcha y con “Evita me ama”. Compaginar ambos registros, frecuentemente en tensión, constituye un desafío para el razonamiento histórico: cómo dominar y dar forma al sentido común espontáneo; cómo procesar las propias vivencias para convertirlas en fuentes testimoniales.

Tras años de lidiar con el tema aprendí una cosa: en buena medida, el peronismo construyó al antiperonismo a su imagen. Creo que para la gente que disintió con Perón fue muy difícil no hacerse antiperonista. Por razones diversas, la primera casi de piel. El peronismo fue un movimiento democrático y fuertemente democratizador. La acelerada integración social que lo caracterizó produjo irritación, sobre todo en aquellos sectores medios y respetables, obligados a compartir lo que hasta entonces habían creído propio. Es innegable que esta reacción, de clase y privilegio, es un componente del antiperonismo, como lo fue del anti yrigoyenismo. Pero el peronismo generó oposición también entre quienes consideraron necesaria y positiva esa democratización, que era la de su tiempo. Sus razones no estaban en la irrupción popular sino en el carácter del movimiento político peronista: un movimiento democrático de tipo plebiscitario, con un fuerte liderazgo personalista, que chocaba fuertemente con la tradición republicana de gobierno. Para quienes creían en ella, no era admisible separar lo “formal” de lo “real”.

Sobre todo, el peronismo se presentó como la expresión del pueblo y de la nación, e identificó a sus adversarios con los enemigos del pueblo: la “antipatria”, la “oligarquía”, “escondida en sus madrigueras”, en la encendida palabra de Eva Perón. No solo lo dijo: el régimen peronista acosó y encarceló a sus adversarios, monopolizó la prensa, clausuró el debate público. Al hacerlo, operó sobre el arco de sus adversarios. Descolocó a quienes querían hacer una oposición racional y constructiva –como los 44 diputados radicales de 1946- y exaltó a los duros, a los facciosos, a aquellos en quienes el resentimiento social potenciaba la oposición política. Quienes creían en la democracia social, o simplemente en la democracia, se quedaron sin alternativas.

Mis vivencias personales me permiten entender a quienes en setiembre de 1955 se unieron para derrocar a Perón, su regeneracionismo, su compartida fe en una nueva democracia. Pero hasta ahí. El frente antiperonista comenzó a desgranarse casi de inmediato; en algún momento, no recuerdo cuando, yo también había tomado distancia. Luego, a medida que aprendí mi oficio de historiador, pude desarrollar otra mirada sobre lo que ocurrió entonces, y sobre todo, después de setiembre de 1955. Porque la Revolución Libertadora, tan poco revolucionaria en muchos aspectos, lo fue en uno que es esencial: cambió los datos de la realidad, creó un escenario nuevo. Lo que hizo, solo en parte puede explicarse por sus causas; mucho dependió de decisiones nuevas y deliberadas, de quienes lograron hacerse del gobierno revolucionario.

Dos decisiones de la Revolución Libertadora resultaron decisivas: la proscripción política del peronismo, en noviembre de 1955, y la represión del alzamiento de junio de 1956, cuando el gobierno apeló al fusilamiento público de algunos jefes militares y al fusilamiento clandestino de un grupo de militantes civiles. Estoy convencido de que esto fue un gran parte aguas en la historia política argentina. En lugar de aplacar la lucha facciosa, que el peronismo había acelerado, la Revolución Libertadora dobló la apuesta y la amplificó. En lugar de restituir la ilusión democrática, en la que habían querido legitimarse, destruyó la posibilidad misma de una democracia creíble. Los fusilamientos significaron un salto cualitativo en el largo proceso de instalación de la violencia en la política en la Argentina, y sobre todo, de esa forma particular consistente en la eliminación física del enemigo.

Todo ello tuvo consecuencias profundas. De una manera dramáticamente simétrica con lo ocurrido antes de 1955, el antiperonismo gobernante construyó el nuevo peronismo, con su nueva ilusión, su grandeza y sus miserias. Transformó un movimiento que en 1955 parecía ya falto de fibra, desflechado, burocratizado –apenas una maquinaria estatal para generar consenso- en un movimiento recentrado en su base obrera, fuerte en la adversidad y movido por una poderosa ilusión, que de manera simple y contundente condensaba muchas aspiraciones diversas: la vuelta de Perón. Posiblemente también transformó a un presidente un poco desinteresado y decadente en un envigorizado líder tercermundista.

Perón hizo mucho desde el exilio para dar forma y unidad a un movimiento fundado en la común exclusión. Pero fue la Revolución Libertadora, con aquellas decisiones trascendentes, la que posibilitó este nuevo peronismo. Fue el peronismo de Vandor, de los sindicatos vigorosos y las burocracias negociadoras y gangsteriles. Fue el peronismo de la resistencia, de los “caños” y de la “gloriosa JP”. Fue el peronismo de Firmenich, la *realpolitik* y la manipulación de los peronistas, de su discurso y de sus ilusiones. Y hasta fue el peronismo de López Rega, impulsor de la represión clandestina. Fueron otros muchos peronismos.

Ninguno de ellos pesaba demasiado en 1955. En cambio, todos ellos están, *in nuce*, en las medidas de la Revolución Libertadora. Junto con las ilusiones democráticas de sus hombres, esas decisiones, tan trascendentes, son parte necesaria de un balance que, como ocurre siempre con los balances históricos, tiene muchos más grises que blancos o negros definidos.